

meritorios e idealistas pero en su mayoría, han devenido en políticos mediocres o en arribistas inescrupulosos. Seguramente, si no se hubiera suicidado Javier Sánchez habría sido lo de uno o lo otro.—MILTON ROSSEL.

■ <https://doi.org/10.29393/At206-16BOLM10016>

BOULDROUD, por *Teófilo Cid*

No escasas personas inteligentes aseguran que el grupo juvenil más interesante de nuestra literatura se tonifica en las tendencias surrealistas. Hay otros que le diagnostican un agresivo silencio que, como tal, no es justo, si se considera que estamos hartos de petulantes simuladores de la inteligencia. Nuestros escritores surrealistas no han carecido de tribuna para manifestarse, ya sea en la Revista Atenea, ya sea en ediciones que, muchas veces, no se prodigan vendiéndose en público. Antes de formular diferencias entre los surrealistas y valorizar a uno frente a sus compañeros, nos interesa la inmaculada agresión del movimiento, el tesón culto de sus componentes y el beneficio que traen a la literatura y a las costumbres, los héroes dispuestos a rectificar la percepción de una realidad. Porque no debe considerarse al surrealismo como un afán excéntrico de esos que emborrachan a los snobs. Nuestros cultores pecan, tal vez, de excesiva parcialidad literaria, y en sus obras nos dan, aún, la impresión de fríos espectadores, sin dramatismo, de una realidad a la que debe fustigarse con pasión trágica.

Quien nos ha revelado una idea de cierto conocimiento humano, ha sido Teófilo Cid, con su libro de cuentos Bouldroud, objeto de este comentario. Existe en estos cuentos, que bien podrían considerarse uno solo, una fruición jugosa no encontrada en otros ejemplares de igual índole. El estilo es culto, flúido, adornado sobriamente de metáforas originales. Pero

este atributo carece de importancia frente a la concepción generatriz del libro, donde hay una inquietud de justeza que lo enaltece, aunque, por instantes, se vaya bruscamente a una posición antitierna, antiamorosa, antiabandonada y subyugada, como es el hombre, que le infunde monotonía y lo hace equilibrarse en una deliciosa puerilidad. Lossiete cuentos de Bouldroud nos enseñan a un mismo personaje, sensual y delicado, que no escatima su sarcástica crueldad frente a un polarizante femenino de incorregible medianía mental y de habituado temor cristiano, llegando el caso en que la inveterada maldad del hombre se subraya como un estribillo. No obstante, y sin perder su personalidad de lector tenaz, que no logra desembarazarse de su mundo percibido literariamente, o sea en la filmación de la pantalla exhibidora, el autor desenvuelve imagos sutiles, que revelan prolija observación íntima, y tranquilos atisbos de su mundo onírico.

En suma, un libro que articula el agresivo balbuceo surrealista chileno, y nos hace vislumbrar la más promisoriosa tarea artística, cuando ese impulso logre relevantes diseños, y el desenfado vital que debe alentar a los talentos absolutos.—LUIS MERINO REYES.

■

ESTAMPAS DEL RAPEL, por *Rafael Fernández Rodríguez*.  
Nascimento, Santiago, 1942.

Rafael Fernández Rodríguez ha escrito un libro sincero, en el cual se transparenta con fuerte relieve la emoción admirativa que dejaron grabada en su sensibilidad de poeta, los rincones de la tierra colchagüina, cuya secreta belleza conoció en su infancia.

Su libro es como un viaje hacia el pasado. Recorre los caminos de los campos de Colchagua y ante sus ojos maravilla-